

Oración y Dirección Espiritual

La **Dirección Espiritual (DE)** es un **ministerio no ordenado (o carismático)**, que como los otros ministerios que edifican la Iglesia, esta ha venido refinando a lo largo de su historia.

La DE busca preservar un valor: **la oración**. Entiéndase bien: "la oración" y no "las oraciones", al orante y no las técnicas en primer término. Aunque la DE sostenga al fiel en sus compromisos de orar (rosarios, exámenes, asistir a misa, etc.) y de aprender nuevos métodos de oración (meditación, contemplación, centramiento, etc.), la DE **busca favorecer el encuentro cotidiano del creyente con Dios en la vida**.

En el marco teológico y didáctico que el curso ofrece, esta sesión sobre la DE y el Discernimiento abre nuestra comprensión parcial de qué es orar a horizontes más amplios de comunión y a la vida mística.

El Espíritu ora en nosotros: esta experiencia puede abrir un horizonte nuevo e imprimir un dinamismo propio a nuestro orar: **24 horas al día, 365 días al año**. La luz que la DE arroja sobre la oración transforma ésta: de una práctica, un ejercicio, una disciplina o una ascesis, etc. en un modo de vida, el modo creyente.



El tema de una dirección espiritual pone la cuestión sobre nuestra **precomprensión** de la misma; nos preguntamos acerca de la luz que la historia de la DE puede aportar; al final de esta historia, nos preguntamos por la nota distintiva y más valiosa, propia de nuestra época, que se ha caracterizado por la aplicación del Concilio Vaticano II en un ambiente de secularización y de búsquedas.

En cuanto a la precomprensión, algunos autores hablan del declive en la práctica de la "dirección espiritual," mientras que otros autores observan una mayor frecuencia del "acompañamiento".

Aun cuando no sean realidades del todo diversas, los especialistas prefieren referirse al ministerio de la DE como **"acompañamiento"**; es una cuestión de sensibilidad, pero, también, es un modo de dejar atrás maneras decadentes en que acabó dando cierta

"dirección".

Documentos del magisterio de Juan Pablo II y, especialmente, la *Alegría del amor (Amoris Laetitia)* del Papa Francisco, han

traído el concepto “acompañamiento” al primer plano.

“**Acompañar**” refiere a la dimensión horizontal, a la comunión de horizontes, al dinamismo de toda “dirección-orientación,” una vez que ha salido del confesionario, alcanzando a todos, ganando en libertad, incluyendo largos periodos de autorrevelación y escucha, recónditos espacios para compartir en confianza, identificación de competencias para observar y hacer silencio.

Algunos modelos-iconos ayudan a explorar nuestra noción de DE y del modo como nos acercamos a ella.

La imagen de la catequista que enseña al niño a orar, o la escena de los discípulos de Emaús, que por primera vez acogen la Palabra, u otras más nos permiten seguir explorando el lugar que la DE reserva a la oración cuando dos personas se sientan a hablar de ella. En particular, encuentro más novedosas la imagen de los dos buscadores de oro en la cuenca de un río, que juntos remueven y contemplan el cedazo por donde se van tamizando las minúsculas pepitas de los dones de oración. También resulta interesante la imagen de aquella matrona que colabora durante el parto, que nos



ayuda a alumbrar en una operación que pide tanta sensibilidad y delicadeza y tanta experiencia; que concluye con un encuentro personal, antes sentido pero ahora presente y ante los ojos.

En cuanto a la nota distintiva de nuestro tiempo, debemos empezar diciendo que la DE tiene una **historia** capaz de arrojar cierta luz sobre el discernimiento en la oración. Si dividimos esta historia en cuatro periodos (antigua, medieval, moderna y contemporánea), el discernimiento como nos ha llegado por los *apoteigma* de los Padres y de las Madres del desierto (como Antonio; Pacomio y Amma María; Juan Casiano), buscó discernir al buen espíritu del malo, mientras que la *escuela monástica y la escolástica medievales* discernieron la contemplatio de la lectio, meditatio y oratio.

La *Edad Moderna* vino, entonces, a diseñar “lugares” donde experimentar aquellas maneras de orar (Ejercicios espirituales) y a identificar en la contemplación más

pasiva e infusa como el lugar donde la acción de Dios fuese más netamente distinguible.

En esta secuencia, ha tocado a la *Edad Contemporánea* rescatar el punto de llegada de la oración: la colaboración con la acción de Dios (sinergia). A esto refiere la contemplación en medio de la acción, tantas veces estresante; la vida como oración-liturgia, frente a los comportamientos

reflejos como ciertos ritos; la virtud orante, frente a los ejercicios de oración o, en fin, el "tiempo continuo," frente a las experiencias intensivas (o "tiempos fuertes").

Ahora bien y centrándonos en el *ahora*, quizá la novedad más característica del acompañamiento/dirección tal y como lo entendemos hoy, sea **el valor de lo narrativo**. La Filosofía y la Psicología descubrieron la dimensión lingüística del ser humano. Durante la segunda mitad del siglo XX especialmente, hemos caído en la cuenta de que el lenguaje es una dimensión constitutiva del ser humano.

¿Y podríamos ser cristianos sin concebirnos, decirnos, compartir mediante el lenguaje?

No podemos llegar a ser las personas que nos sentimos llamadas a ser sin el lenguaje, decimos.

Este es el ámbito del ministerio de la DE, de su didáctica de la oración. Cuando nos alertan que aquello de lo que no hablamos deja de existir, surgen acompañantes para un camino que concluya un día: **"¿no ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba por el camino?" (Lucas 24, 32).**

En el principio, el Verbo se hizo carne; pero el Padre también salva por medio del Espíritu "que profiere gemidos inefables" (Romanos 8, 26). El Logos es la gran referencia cristológica a la identidad lingüística del

cristiano. A través de las narraciones evangélicas, leídas, oradas, meditadas y contempladas, el cristiano se va familiarizando con la persona del Jesús histórico y su Evangelio, con el Reino que lo eleva hacia el Cristo y lo trasciende en la Persona del Hijo. Pero también los deseos inefables del cristiano son evidencia del actuar de Dios. Como el cristiano, también la cristiana tiene necesidad de detenerse y, apartándose de su estresada vida, caer en la cuenta de la obra que en sí va llevando adelante el Espíritu.

El acompañante ayudará al uno y a la otra a adquirir sus propias identidades -ya entregadas en Jesús, pero siempre por asumir-, escuchando con ellos a ese Espíritu y con ellos articulando aquellos gemidos en peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias como aquella: "Yo te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los humildes" (cf. Lucas 10, 21).

Carlos Coupeau